

François de Singly

Separada

Vivir la experiencia de la ruptura

Traducción de Mercedes Noriega Bosch

PASOS PERDIDOS

Diseño de cubierta: Editorial Pasos Perdidos S.L.
Imagen de cubierta: Eadweard Muybridge, *Animal Locomotion*, 1887
Maquetación: Jacinto Martín www.elviajero.org

Título original: *Séparée. Vivre l'expérience de la rupture.*

© de esta edición, 2014, Editorial Pasos Perdidos S.L.
© de la traducción, Mercedes Noriega Bosch

ISBN: 978-84-941162-4-7
Depósito legal: M-2678-2014

Impreso por Lozano Impresores

Cualquier formato de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede hacerse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Introducción

Se busca

En las sociedades occidentales modernas, el número de separaciones y de rupturas conyugales es elevado; sin duda nunca había habido tantas en la historia. Esto puede parecer extraño si partimos de la base de que una de las constantes antropológicas de todo ser humano es la necesidad de sentirse seguro. ¿Por qué la inmensa mayoría de los individuos desearía tener un contrato laboral indefinido, incluso llegar a ser funcionarios y, sin embargo, piensan que cualquier día pueden recibir una carta de despedida de su compañero/a, o ser ellos quienes la envíen? ¿Por qué la seguridad y la estabilidad han dejado de ser las características más importantes de la vida conyugal? Si Émile Durkheim, fundador de la sociología científica a finales del siglo XIX, levantara la cabeza, no comprendería por qué las sociedades contemporáneas se han convertido en —según expresión de Anthony Giddens (1991)— *separating and divorcing societies*. Durkheim había luchado contra la restauración del divorcio por consentimiento mutuo, ya que estimaba que una reforma de

esa naturaleza impediría que el matrimonio «desempeñase su papel de freno, que ejerciese la acción moderadora y saludable que es su principal razón de ser» (Durkheim, 1906). Estaba convencido de que el divorcio engendraba infelicidad en las personas adultas: para ser feliz, el hombre debía «satisfacer normalmente sus deseos, de forma regular, contenida, moderada, disciplinada». Por lo tanto, era necesario mantener la prohibición del divorcio por el «propio interés» de los individuos, de los «funcionarios domésticos».

Hoy en día, hombres y mujeres han prescindido de este freno para conducir sus vidas con más libertad. La disciplina ya no ocupa el centro de su existencia; lo que quieren, ante todo, es seguir siendo dueños de sus vidas. Por eso consideran la posibilidad de separarse de su compañero/a si piensan que esa unión atenta contra su identidad. Podrían suscribir perfectamente la siguiente frase, extraída del correo electrónico enviado por Grégoire a su compañera, Sophie Calle: «Sé que te has dado cuenta de que no era feliz últimamente. Era como si ya no me reconociese dentro de mi propia existencia» (Calle, 2007). Cuando uno de los miembros de la pareja se siente frenado en su desarrollo personal, opta por salir del vehículo conyugal. Se separa para poder decir, como Kierkegaard después de una ruptura en *La Repetición*: «Vuelvo a ser yo mismo».

Un hilo propio

En una sociedad basada en la autonomía de los individuos, la separación supone un ejercicio de autoprotección, incluso para aquellos/as a los que causa más sufrimiento. En *La primera esposa* (1998), la heroína de Françoise Chandernagor se toma muy a mal el abandono de su marido; para empezar, se siente perdida, por ejemplo cuando

se acuesta en su «lecho matrimonial»; «ahora que tengo toda la cama para mí sola, que he recuperado el islote completo, doy vueltas de un borde al otro. Me han devuelto lo que había dado; me han restituido, como un fardo de ropa sucia, esa mitad de mí que yo había renunciado a controlar, cuyo uso había cedido; y ahora me pesa tanto». Al principio, esta mujer se encuentra desorientada al disponer de la totalidad de su yo, porque estaba acostumbrada a pensar primero en su marido. Alienada, percibe la parte de ella misma a la que ha renunciado «como un montón de ropa sucia! Pero el proceso de reapropiación será largo. En primer lugar descubrirá que la venda que le tapaba los ojos ha caído. Su ceguera le impedía ver que tenía amputada la mitad de su ser. Ahora ya no mira las cosas a través de los ojos de su marido; vuelve a ser receptiva a sus propias sensaciones. Es un parto con dolor y en soledad: «Al fin puedo ayudar a alguien que lo va a apreciar: a mí misma. Hasta ahora, no he vivido más que para mi marido».

El grado de dolor asociado al divorcio varía. Sin embargo, hay algo que apenas cambia, y es esa preocupación por uno mismo, expresada desde el principio o descubierta más tarde, que experimentan las personas separadas. Aunque en algunos momentos ser uno mismo resulte fatigoso (Ehrenberg, 2000), en otros —al menos igualmente importantes en la experiencia personal— surge el miedo de no serlo en absoluto. Hasta los años sesenta/setenta, el hilo de Ariadna del matrimonio-institución bastaba para garantizar la estabilidad del individuo; a partir de entonces, fue sustituido por algo más frágil pero más valioso: un hilo propio.

La *desconyugalización*

Este libro se basa en poco más de cien declaraciones de mujeres heterosexuales que han vivido una separación matrimonial, promovida o no por ellas. Las entrevistas fueron realizadas por sociólogos, alejados del ámbito jurídico, siguiendo un método reflexivo e incluyente. Su objetivo era comprender el proceso de *desconyugalización*, sus etapas, los medios empleados para llegar hasta el final con éxito. Estas mujeres han descrito la manera en que se han liberado —no siempre voluntariamente— de la dimensión identitaria expresada en la fórmula «señora de» y cómo han rehecho posteriormente, de forma más o menos complicada, su identidad. Lo que distingue mejor unas declaraciones de otras no es la diferencia entre «mujer casada» y «mujer no casada», sino el estilo de vida conyugal anterior a la separación.

Este libro presenta una doble originalidad. La primera radica en su propia existencia. En efecto, desde el restablecimiento del divorcio por mutuo acuerdo en 1975,¹ no se había publicado ningún libro de sociología en lengua francesa que tratase el tema de la separación ordinaria,² como si este asunto fuese exclusivamente susceptible de un análisis psicológico. El hecho de que se elija con tanta frecuencia la puerta de salida en el matrimonio se explica por la nueva forma de entender la institución matrimonial y por la irrupción de un nuevo concepto de la existencia.

1. El 11 de julio de 1975, el Presidente de la República francesa Valéry Giscard d'Estaing promulga la ley n° 75-617 que supone una profunda reforma del divorcio y contempla tres causas, enunciadas en el artículo 229 del Código Civil: consentimiento mutuo (esta, a su vez, con dos variantes: demanda conjunta y demanda formulada por un cónyuge y aceptada por el otro), ruptura de la vida en común y falta.

2. *Le Démariage* de Irène Théry solo aporta declaraciones escritas para formar parte de un informe elaborado por expertos en el marco de un procedimiento jurídico. Se trata de «divorcios difíciles».

Por eso no todos los divorcios se viven como fracasos. A veces pueden ser percibidos como una fase del desarrollo personal. Existen varias maneras de *desconyugalizarse*, y todas ellas reflejan las diferentes formas de combinar el «yo» y el «nosotros» durante la vida conyugal.

La originalidad reside también en el punto de vista adoptado: solo escucharemos declaraciones de mujeres, porque sabemos que son ellas las que, de forma mayoritaria, inician los trámites del divorcio. En nuestra opinión, la expansión del divorcio y de la separación deriva del movimiento de liberación de la mujer. Curiosamente, tener «una habitación propia» (para utilizar los mismos términos que Virginia Woolf) no es algo que las mujeres exijan a menudo: es como si esta reivindicación de otro espacio no se formulase más que cuando la vida conyugal se considera asfixiante (o cuando el hombre ya ha encontrado otro domicilio). En cierto modo, demasiado tarde.

La idea de un vínculo existente entre ciertas separaciones y el movimiento histórico que supuso la emancipación de las mujeres tomó cuerpo a raíz de la lectura de algunas novelas publicadas en el momento del debate sobre el posible restablecimiento del divorcio por mutuo acuerdo, a principios del siglo XX. Era una exigencia de los partidarios de que cambiara el estatus de las mujeres y pudieran salir de un encierro conyugal al que los hombres —que gozaban de una mayor libertad— no estaban sometidos. Pero era rechazada de plano por los partidarios del mantenimiento del orden «natural» de los sexos, es decir, del poder marital. Este último bando es el que triunfó hasta la reforma de 1975. Por lo tanto, hubo que esperar hasta el último cuarto del siglo XX —con la reforma del divorcio y el reconocimiento de la repercusión económica del trabajo femenino— para que la separación se convirtiese en uno de los factores que contribuirían a la emancipación de las mujeres. Nuestro libro permite comprender este proceso.

1

Uno se separa como ha vivido

Las fotonovelas han inventado un final feliz para las historias de amor. Casi todas finalizan con un beso, sin que ello sea óbice para que las parejas, desde hace décadas, hayan pasado antes por la casilla «cama». El tiempo parece detenerse en los labios de los amantes, porque el amor solo se representa en sus comienzos. El hombre y la mujer están solos en el mundo, solos en su mundo. Únicamente la muerte de uno de los dos amantes podría interrumpir el romance.

Hoy, sin embargo, en algunas fotonovelas el amor nace entre dos individuos comprometidos en otras relaciones conyugales que hacen aguas. El *unhappy end* compite cada vez con más fuerza con el *happy end*. Incluso en esas historias concebidas para hacernos soñar, resulta difícil ignorar que muchas uniones acaban en separación. Por otra parte, la prensa amarilla se ha especializado en los altibajos conyugales, en los culebrones que van sumando episodios amorosos sucesivos para consolidar un importante número de lectores: nadie escapa al destino,

ya habitual, de la ruptura. Las constantes disquisiciones sobre dichas separaciones contribuyen a desestigmatizar el divorcio. La tolerancia ha sustituido a la rigidez de las normas de épocas anteriores. Por lo tanto, la posibilidad de separación es algo que ya se tiene en mente desde el comienzo mismo del amor.

Curiosamente, esta realidad social ha suscitado pocos análisis sociológicos. Los sociólogos prefieren estudiar la elección del cónyuge. Demuestran que el choque amoroso no es tan revolucionario como se piensa, ya que el encuentro sigue estando regulado por el orden social: hay muchas más probabilidades de que un directivo comparta su vida con una ejecutiva que con una obrera. El amor no es ciego. Pero como la presión social a la hora de elegir al cónyuge no ha variado, no se explica muy bien por qué los divorcios y las separaciones siguen aumentando. ¿Por qué «la armonía de los *habitus*» —término erudito para referirse al hecho de que los individuos tienden a elegir a sus parejas en función de los gustos comunes— ya no basta para asegurar la estabilidad de las parejas? La teoría de la reproducción social no puede facilitar una respuesta a esta pregunta.

El origen del fuerte aumento del divorcio no es la exigencia del mantenimiento del orden social entre las generaciones; se debe a una problemática diferente que esperamos interpretar a través de una investigación exhaustiva. En efecto, hemos recogido una larga serie de declaraciones de mujeres que han vivido una separación o un divorcio y que relatan el doble proceso de desencanto conyugal y de separación. Estas entrevistas se centran en la descripción que hacen las mujeres de este doble proceso: la toma de conciencia de su decepción y la manera en que cada una de ellas la expresa, y la post-separación. Nos hemos limitado expresamente a la transcripción de declaraciones femeninas por dos razones. En primer lugar, son las mujeres las que piden el divorcio en las tres

cuartas partes de los casos. Sin excluir que en algunos casos las mujeres adopten esta decisión manipuladas por los hombres, se plantea la hipótesis de que son ellas las que suelen sentirse más decepcionadas con su vida conyugal —principalmente por el escaso compromiso de sus compañeros o maridos en la vida familiar— y con la falta de atención que reciben por parte de sus parejas. Además, si retrocedemos un poco en el tiempo, nos damos cuenta de que, a principios del siglo XX, el intento de restauración del divorcio por consentimiento mutuo está legitimado en nombre de la causa de las mujeres, en aquella época prisioneras dentro del matrimonio. A los hombres les venía muy bien el matrimonio sin posibilidad de divorcio, porque así podían disfrutar a la vez de los servicios de la institución y del placer de una relación extraconyugal. Aunque el precio a pagar por ellos siga siendo elevado, es evidente que el divorcio y la separación responden más a las exigencias de las mujeres: mantener una relación conyugal amorosa o retirarse.